

El barrio en que fui feliz

CINGLERO

Marzo de 2013

La imagen más lejana que perdura en mi memoria se remonta a la infancia de un niño bueno y aplicado que, con unos tres años, lanzó desde una ventana un avión de juguete para verlo volar y no voló, sino que cayó en picado, estrellándose en una leñera.

Ocurrió en una parcela de la calle Lugo, pedregosa y polvorienta, escenario en el que guardo, en la raíz de mi memoria, otro suceso que suscitó gran revuelo vecinal, al engancharse mi pantalón en la palomilla trasera de la bici de mi amigo Tito, arrastrándome unos cuantos metros, rebozado de tierra y ensangrentada la cara, conservando una cicatriz en el mentón que aviva mis recuerdos más lejanos, al mirarme en el espejo

A la parcela de la calle Gabriel Gombao se accedía por una puerta de madera, de arco de medio punto, azul, distinguible hoy día. Convivíamos con una familia humilde y bondadosa, compartiendo estancias, charlas, vivencias y, sobre todo, la mesa camilla, bajo cuyos faldones de gruesa tela de lana verde, triunfaba un brasero alimentado con erraj que, en invierno, me abrasaban las piernas y enrojecían mis orejas.

En el hule figuraba el mapa de España donde, merendando, podía aprender Geografía sin comprender por qué las Islas Canarias, siendo España, estaban arrinconadas a la derecha del mapa, encerradas en un recuadro. Y en el aprendizaje de los números experimenté gran emoción sobre esa entrañable mesa, al dibujar por vez primera el ocho, como la mayoría lo escribe, menos yo hasta entonces, que lo conformaba con dos circulitos, uno arriba y el otro abajo. Hoy día sigo escribiendo el ocho con los dos circulitos.

El padre de la familia vecina, Sr. Emilio, tenía un pequeño taller de reparación de bicicletas y con su hijo Emilín compartí mis primeros juegos, sobre todo con mi bicicleta de cuatro ruedas, verde, de cubiertas de goma maciza y estriada. Se la dejé en la única ocasión que se estrelló contra una pared, doblando completamente la rueda delantera.

En las parcelas de las calles se almacenaban productos que vendían sus dueños, con corrales convertidos en cuadras y gallineros, pues entonces, se tenían animales en casa. Paseando por las aceras, una variada sinfonía de aromas y gruñidos permitía adivinar que en esa o aquella casa había vacas, caballerías, cerdos, pavos o gallinas.

En la casa contigua a la nuestra, vivía “la de los piensos”, vecina llamada así por tener en su corral sacos de grano que vendía. En el medianil de ambos corrales, de adobe sin enfoscar, permitía verse con frecuencia, suspendidas entre las juntas, las colas de ratas enormes, disfrutando de variados manjares por el día, y disputando carreras nocturnas entre las tejas y los cielos rasos de cañizo, impidiéndome dormir por miedo y por ruido.

La calle Orense fue en el barrio —el centro de mi vida infantil— el escenario donde sentí más intensamente la felicidad de un niño sano, sonriente, aplicado, libre y obediente sin traumas.

Las calles en tierra, el barro, los vecinos, los juegos con los amigos, la tienda de tebeos, las flores de los jardines, los perros y gatos perseguidos, los tirachinas, los nidos, las hogueras, las trampas en la arena, saltar las tapias, las “guerras con los gitanos”, el colegio, la merienda, los deberes.... todos ellos y muchos más, constituían mis verdaderos y más queridos juguetes.

La primera escuela del Ayuntamiento estaba en la calle Lugo. Cada dos o tres meses venía un maestro nuevo al que le comprábamos los cuadernos, lapiceros y gomas de borrar. En Navidad, según los posibles, se le regalaba una botella de sidra y una barra de turrón o de guirlache. Como agradecimiento, los siguientes cuadernos o lapiceros no los cobraba. En ese colegio del barrio sufrí la “colonización americana”, sin poder librarme de ingerir a la fuerza el queso de bola cortado con un alambre y la leche en polvo.

En la escuela de la calle San Eugenio aprendí a sumar sin contar con los dedos, en larguísimos sumandos que el maestro, Don Wenceslao, nos ponía con clarión, como deberes, en las paredes del aula, pintadas de verde a media altura, a modo de pizarra. Fue un gran maestro y mejor persona y tan aficionado al boxeo que, cuando nos mandaba salir a la pizarra en varios grupos a dar la lección, al segundo grupo les gritaba: “¡Segundos fuera!”.

En el barrio se construían parcelas de una planta, conformando las calles sin aceras ni pavimento. Poseían un jardín exterior, la vivienda y un corral trasero, recreo de gatos. Fue maravilloso coincidir mi infancia con aquel conjunto de materiales con qué jugar en la calle, después de merendar, o a lo largo de los más de tres meses de vacaciones de verano: la arena de río para hacer cuevas y trampas; las zanjas abiertas cuando instalaron el vertido; las paradas de tierra con el agua de lluvia para construir presas; ladrillos para hacer castillos y refugios, etc.

En plena calle, sin coches, sin peligro, se sucedían los juegos con una cadencia en el tiempo como si una fuerza cósmica dictaminara cuándo se jugaba a una cosa o a otra: a los montones de cromos con la baraja; al pirulo (las chicas tiraban la galdrufa, que era una peonza sin “pitorro”); al “guá”, con canicas de piedra y de cristal o de “caracolilla”, que equivalían a dos de piedra; al marro pañuelo; al “churro va”; a civiles contra ladrones; a la taba, y las chicas, a la comba y al “descansillo”. Y nuestras madres —diciéndonos estar siempre “recogidicos en la calle”— nos llamaban a gritos para merendar o cenar, blandiendo la mano amenazante si tardábamos en acudir.

En mi barrio conocí varios oficios ejecutados por vecinos en las explanadas entre calles: el adobero que con esmero llenaba los moldes de madera con el barro y la paja; el cañicero que entretejía las dañinas cañas verdes a manos limpias, sin guantes, que cuarteaba con un artilugio de cuchillas, haciendo los cañizos, y el Sr. Simón, que nos traía la leche y vareaba los colchones de lana, durmiendo esa noche en el Paraíso.

En mi barrio —tan lejano y a la vez tan próximo, humilde y solidario— las puertas de las

casas estaban abiertas, solo con el toldo. Por la calle se sucedían vendedoras de jabón de tajo; oliveras; estañadores y paragüeros con el recipiente lleno de brasas; afiladores sin motorizar, a golpe de chuflaina y otros menos habituales.

En las noches de verano, los vecinos sacaban a la calle las sillas de anea para tomar la fresca en corro, junto a una u otra puerta, contándose mil historias, algunas fantasmagóricas, narradas por mi abuelo, para dar miedo a los chicos, jurando ser ciertas, hasta que la irrupción de las primeras televisiones barrieron de golpe las charradas nocturnas, a la luz de la luna y las estrellas de la Vía Láctea.

Aquellos jardines llenos de rosales, clavelinas, sándalo y aligustre, que impregnaban los sentidos con mil y un perfumes y colores, se fueron destruyendo para convertirse en aparcamientos de los primeros coches adquiridos por los vecinos, a los que les iba yendo mejor. Ya no se llevaban a la Iglesia del barrio tantas flores como antes en el mes de Mayo, el mes de María. Ya dejaron de oírse a través de las ventanas abiertas, las coplas cantadas a “capela” por las vecinas, mientras realizaban las tareas de casa.

No había llegado todavía el autobús al barrio —el 23— teniendo que “coger el tranvía” donde daba la vuelta en la Plaza de las Canteras, oyéndose su chirrido desde casa. Cuando había que ir al Centro de compras, siempre se decía...:”Vamos a comprar a Zaragoza”.

Un barrio de gentes laboriosas y cercanas, que compartían y se acompañaban en los momentos de alegría y velaban en los momentos tristes. Un barrio, en aquellos años, carente de servicios sociales para mejora de las condiciones de vida de sus vecinos, si bien se disponía del Cementerio, la Cárcel, la agrupación gitana en las graveras (“Poblado de Israel”), los baños públicos en el Canal Imperial de Aragón, los pinares de Venecia, los polvorines, el Barranco de la Muerte y un poco más alejado, el campo de Fútbol de Torrero, en la calle La Sierra Purroy. A través de los orificios practicados en las puertas de madera, podíamos ver entrenar a los futbolistas del Real Zaragoza.

Nací en una torre, hoy desaparecida, de la huerta zaragozana, alejada de las parcelas del barrio, junto al Canal Imperial de Aragón, que coincide con el eje de la calzada del Cuarto Cinturón, cerca de la Quinta Julieta.

Pasear hoy por el barrio que me vio nacer y crecer hasta mi primera juventud, que dejé hace más de cuarenta años, me llena de nostalgia recorriendo calles distintas, más estrechas y cortas que las que viví de niño, sintiendo admiración para quienes todavía hoy, los de mi quinta, siguen viviendo en él, algunos de los cuales, habrán formado parte del grupo de amigos que jugamos y vivimos juntos, obteniendo tanta felicidad.

Mi barrio, el barrio de **Torrero-La Paz**, mi mejor juguete de niño, el más alto de Zaragoza, como dicen. Tan alto como las cúpulas de las torres del Pilar.